

La Propaganda Católica

Semanario Literario, Científico y Artístico.

Año I.

Domingo 10 de Abril de 1892.

Núm. 14.

Suscripción: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio-tarjeta y periódico 1 pta. al mes.

Redacción y Administración

APÓSTOLES 11, BAJO.

Toda la correspondencia se dirigirá á el administrador del periódico don Ramón Blanco Rojo.

La Propaganda Católica

YELLA

Hacia el año 1848, se descubrió en Varsovia una conspiración; dando lugar su descubrimiento á que fueran presos muchos jóvenes de las principales familias, que se creyó estaban comprometidos en ella.

Entre los sospechosos, se encontraba el joven Wladislaw, conde de Z..., cuyo padre y abuelo habían muerto al tratar, aunque en vano, de libertar su patria del yugo de la Rusia. Su madre murió de pena, poco tiempo después, y su hermana gemela, Yella, vivía retirada en el antiguo castillo de la familia, con su abuela y una joven huérfana, parienta suya, y destinada á ser un día la esposa de Wladislaw.

Las tres se encontraban reunidas una noche en el vasto salón del castillo, iluminado apenas por la pálida luz de una lámpara. La abuela se había quedado dormida, y las jóvenes hablaban en voz baja, comunicándose sus temores acerca de la suerte de Wladislaw.

En aquel instante un golpe vigoroso, dado con gran aldabon de hierro esculpido, conmovió la puerta principal del castillo; y el estruendo que produjo, y el ruido de pasos precipitados que se oyeron inmediatamente en la galería próxima, despertaron á la abuela.

—¿Quién será el que llama á estas horas? preguntó asustada.

Al mismo tiempo que decía esto, se abrió de pronto la puerta del salón, y Wladislaw se arrojó precipitadamente en sus brazos.

—¡Gracias, Dios mío! exclamó la abuela. ¡Ya estas libre, querido hijo!...

Yella lloraba de alegría, apoyada en la espalda de su hermano, Ludmille, pálida y conmovida se había apartado un poco.

Wladislaw, sin embargo, no respondía sino con evasivas á las mil preguntas que le hacían; anunciando al fin que le era preciso partir de nuevo la mañana del siguiente día, pero sin quererles decir el objeto de su viaje. Hubieron pues de despedirse pronto, para que el viajero pudiera descansar.

Yella, después de haber recibido la última la bendición de su abuela, se retiró á su cuarto y en él estuvo en oración largo tiempo. Una inquietud, vaga, indefinible, se había apoderado de ella, y su imaginación se veía atormentada sin tregua por temores y sospechas. Todos sus esfuerzos para desecharlos eran inútiles.

¿Por qué su hermano á quien amaba con tanta ternura, no había respondido claramente á ninguna de sus preguntas? Estaba libre, es cierto; había sin duda logrado escapar de la prisión...; pero como?... Que objeto podía tener el viaje de la mañana siguiente?...

Estas eran las preguntas que se hacía, en su alarma, sin poder hallar contestación para ellas.

Por fin, resuelta á saberlo todo, se desliza calladamente hacia el ala del castillo en que se hallaba el cuarto de su hermano. Allí encuentra á Antós, el antiguo y fiel servidor de su familia, que parecía triste y preocupado como ella.

—¿Duerme ya Wladislaw le pregunta.

No lo sé, responde Antós; pero figuraos, Señorita, que me ha mandado lo despierte mañana, antes de amanecer... y no ha querido absolutamente decirme á donde vá... á mí que lo he llevado tantas veces,

cuando era todavía niño en mis brazos!... Hay un misterio, que no entiendo, en todo esto... Si; morirá como han muerto vuestro padre y vuestro abuelo antes que él!...

Se continuará

MESA REVUELTA

A MARÍA AL PIÉ DE LA CRUZ

Muger, hé ahí á tu hijo.
(S. Juan, cap. 19, v. 25.)

Madre del verbo aflijida,
estrella siempre brillante,
sublime paloma errante
en los campos de la vida;
flor del cielo desprendida,
de santo aroma fecundo;
amor inmenso, profundo,
que todas las almas llena,
iris hermoso que enfrena
las tempestades del mundo;

Emperatriz soberana
que, libre de humano encono,
elevas tu regio trono
sobre la gloria mundana;
que ardiendo en la fé cristiana
que engenda la mansedumbre,
al sol de pródiga lumbre
con que los espacios llenas,
del Líbano de las penas
subistes hasta la cumbre;

Madre del amor divino
que la fé creyente halagas,
que siempre la sed apagas
del cansado peregrino;
que en tu angustioso camino
buscas á los que te adoran;
amparas á los que imploran
tu clemencia en este suelo,
y eres Angel de consuelo
para las almas que lloran;

Reina hermosa del Edén,
que, herida el alma de espinas,
con lágrimas las ruinas
bañas de Jerusalén;
que á las arpas de Salen
arrancas mágicos sonos;
que á los muertos corazones
despiertas el sentimiento,
y haces vibrar en el viento
las celestiales canciones;

